

¿El fin del futuro?! o ¿la ansiedad de lo nuevo?

■ Carlos Enrique Guzmán Cárdenas

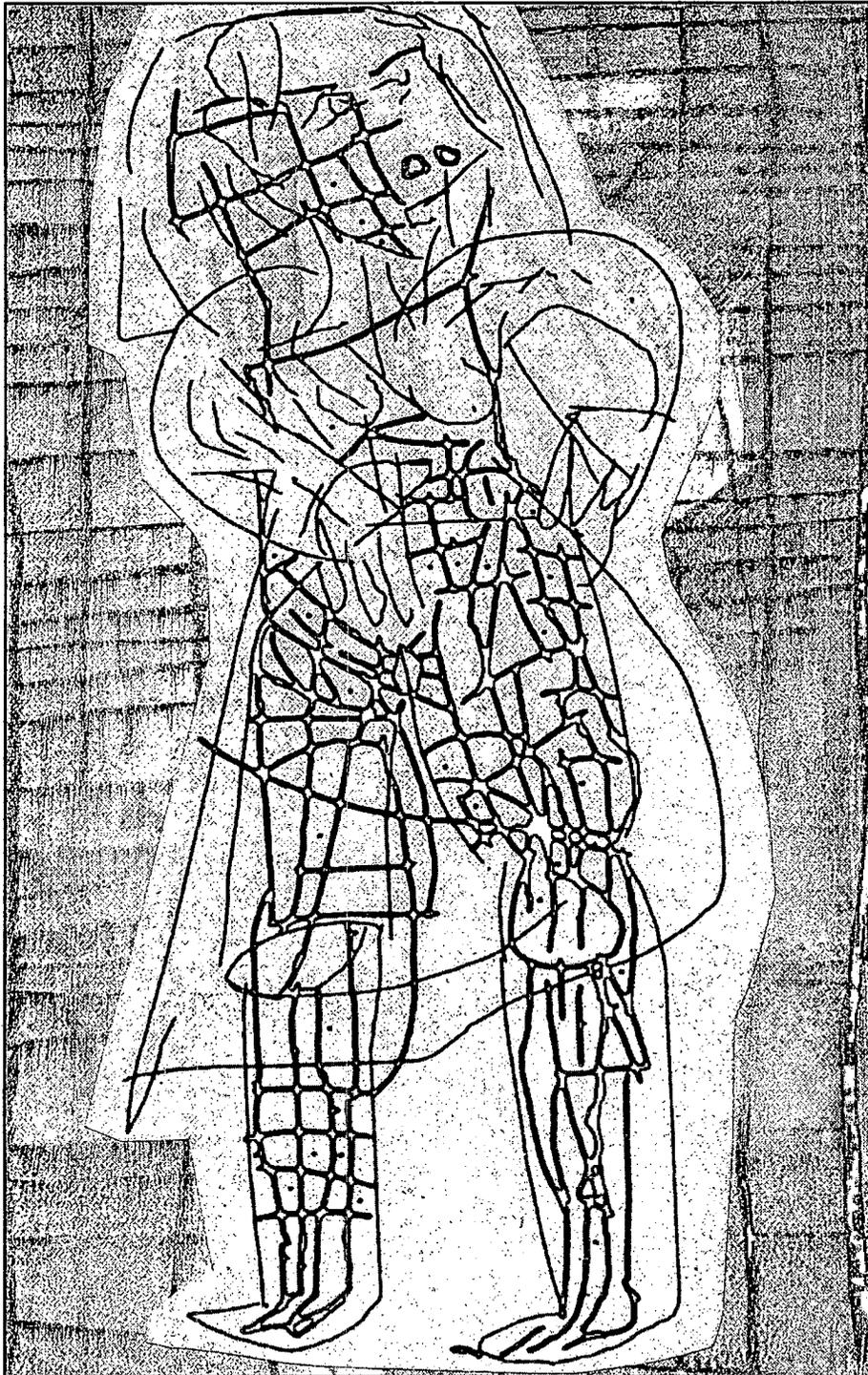


ILUSTRACIÓN: HUGO MARINO

«Cada época se identifica con una visión del tiempo y en la nuestra la presencia constante de las utopías revolucionarias delata el lugar privilegiado que tiene el futuro para nosotros. El pasado no es mejor que el presente: la perfección no está atrás de nosotros, sino adelante, no es un paraíso abandonado sino un territorio que debemos colonizar, una ciudad que hay que construir. (...) El camino hacia lo absoluto pasó por el tiempo, fue tiempo. A su vez, entre los diversos modos de tiempo, la siempre diferida perfección residió en el futuro. Los cambios y las revoluciones fueron encarnaciones del movimiento de los hombres hacia el futuro y sus paraísos»⁽¹⁾



No obstante, existe una radical disimilitud con la verdadera crítica de la modernidad concebida como una tensión entre la diferencia conflictiva ética, estética y filosófica acompañada de la búsqueda de algún principio de validez universal dentro de un proceso histórico que tiende a una armonía final: la sintaxis histórica: la articulación de las diferencias.



sentaciones del devenir, el tiempo mítológico, cíclico y determinista de la Antigüedad, el eterno retorno hecho en la pluralidad pagana de los dioses al igual que el tiempo infinito de la eternidad judeocristiana son invadidos por otro tiempo abierto a la ruptura: de transformaciones y quebramientos indisolublemente asociado a la idea de crisis.

La conciencia moderna está atravesada por él. Otra fe temporal; otro tiempo: lineal, sucesivo y progresivo, manteniendo siempre su referencia a «lo nuevo» por oposición a «lo antiguo», al pasado. Un tiempo que se «niega a sí mismo» como proceso teleológico y así se perpetúa según las épocas, en donde todos los continuos se fracturan y vienen a ser escalones de una ascensión: la del progreso; pero reducidos a los requerimientos del ciclo vital de autofagia y renovación, nos apunta el filósofo español Eduardo Subirats, de crisis y crítica y, de reformulaciones constantes de sus identidades percederas.⁽⁵⁾

Por tal motivo, el pensamiento de la modernidad configuró una ética, una estética, una filosofía, una historia y una cultura entre signos de admiración. Nuestra conciencia moderna se desplaza abruptamente entre una multiplicidad de voces, perspectivas, miradas y materiales que se cuestionan: interior versus exterior, sujeto contra objeto, el yo versus el otro, poesía ver-

sus prosa, pintura contra escultura, representación versus realidad. La continuidad se interrumpe con gran vigor y la unidad es construida, ensamblada a partir de fragmentos o choques, o yuxtaposiciones de elementos diferentes identificados con el presente o con un futuro como filosofía progresista de la historia. La dialéctica del límite que apunta a su vez hacia una dialéctica del sujeto⁽⁶⁾. El sujeto más que un enemigo decidido es un extraño: el drama moderno de conocer y conocerse.

Así el sujeto moderno vive en la inestabilidad provisoria que define como presente, entre la nostalgia del pasado (sin ella no hay modernidad) y el proyecto por venir⁽⁷⁾. Lo nuevo viene en contraposición como ruptura de la continuidad, de la secuencia y la causalidad en el tiempo o en el espacio, que nace de la incertidumbre asimétrica entre sujeto y objeto dispuesta a llevar la diferenciación conflictiva de una razón ilustrada y sus corolarios -político, estético, ético, sociales, ideológicos y culturales- a un punto agudo más allá de sus cursos históricos: el futuro fusionado con un anhelo por un todo orgánico extraviado mucho tiempo atrás.

UNA ANSIEDAD EN GESTACIÓN Y EN JUEGO

De repente todo se ha precipitado al suelo como si se tratara de un frágil castillo de naipes. El futuro no resuelve nada si está desbordado por el optimismo y la estrechez de un racionalismo metafísicamente restringido e identificado con un progreso acumulativo infinito subyacente: *la metafísica racionalista del progreso*. Pero, por otra parte, cualquier hipótesis sobre las categorías capaces de definir la existencia humana no tienen sentido porque se ha llegado al «fín de la historia»: el punto final de la evolución ideológica de la humanidad: la universalización de la democracia liberal de occidente como la forma última del gobierno humano, la difusión de la cultura de consumo, que no es otro que la del mercado y del

NADA NUEVO PUEDE EMERGER BAJO EL CIELO DE LOS ANTIGUOS DIOS

El espíritu de la modernidad es la conciencia y el anhelo de lo nuevo vivido como cambio. La modernidad es crítica y cambio abierto al futuro. Se justifica «lo moderno» por oposición al pasado; la óptica del descubrimiento impulsado por la ansiedad de lo nuevo, cuyo tono afectivo es el descontento, a veces la angustia y, su vocación es la ruptura⁽²⁾.

La modernidad viene a ser una crisis de conciencia cuando la sociedad, la cultura y la historia son comprendidas como obra humana; una conciencia cognoscitiva y cognoscible que desvaloriza la eternidad; la perfección se traslada al futuro, no en el otro mundo sino en éste⁽³⁾.

Crisis que traerá consigo una visión originaria de un universo regido por leyes físicas abstractas e impersonales para dar lugar a la disciplina, la observación y el método, relacionada con los términos de la ecuación moderna que distinguen a nuestro tiempo: *progreso y desarrollo, renovación y cambio*.

Octavio Paz, una de las figuras capitales de la literatura hispánica contemporánea, define a la modernidad con estas palabras:

«La modernidad comienza como una crítica de la religión, la filosofía, la moral, el derecho, la historia, la economía y la política. La crítica es su rasgo distintivo, su señal de nacimiento. Todo lo que ha sido la edad moderna ha sido obra de la crítica, entendida ésta como un método de investigación, creación y acción. Los conceptos e ideas cardinales de la edad moderna -progreso, evolución, revolución, libertad, democracia, técnica- nacieron de la crítica. (...) La modernidad se identificó con el cambio, concibió a la crítica como instrumento del cambio e identificó a ambos con el progreso.»⁽⁴⁾

Más aún, la esencia de la modernidad, sin lugar a dudas, es su *temporalidad*. Por tanto, nada nuevo puede emerger bajo el cielo de los antiguos dioses. En las repre-

valor de cambio⁽⁸⁾. La historia se ha realizado según el pensamiento neoliberal y tecnocrático contemporáneo; la historia fue fracturada según el pensamiento post-modernista «europeo» y «norteamericano», es decir, la metafísica antirracionalista de la antitotalidad, del antiestatismo en donde «*todo vale*» y por ende un economicismo del mercado: «*todo cuesta*».

Así tenemos entonces que emprender un viaje por los meses que quedan por transcurrir antes del comienzo del tercer milenio d.c., implica reconocer que las contradicciones propias de este tiempo de la modernidad se acumulan pero en gran confusión. Característico de este siglo por finalizar será un desconocimiento e incapacidad para pensar en los futuros posibles y en el «deseable», particularmente si éste último ya se realizó según el paradigma antirracionalista y su respuesta cultural postmoderna, o bien, si estamos desbordados por la metafísica racionalista del progreso y sus utopías tecnológicas -la filosofía progresista de la historia- que paradójicamente el llamado postmoderno idolatra so pretexto de democráticas. De igual modo estamos signados por la nostalgia del «recuerdo olvidado» y la crucifixión del presente. Y añade Eduardo Subirats:

«No es preciso señalar los fenómenos concomitantes a este proceso de crisis y malestar: individualismo, escepticismo, un culto a las concepciones pesimistas de la historia e incluso del nihilismo, idealización del poder bajo cualesquiera formas y contenidos, el anhelo más o menos angustiado de un 'nuevo orden', en fin, lo que familiarmente se ha venido llamando sintomatología del pensamiento conservador o directamente reaccionario...»⁽⁹⁾

Semejante conciencia de la crisis de la cultura moderna que se percibe como un sentimiento generalizado de desorientación: una ansiedad en gestación y en juego: *todo tiene lugar en el presente, aquí, es decir, en ningún sitio en particular*⁽¹⁰⁾ en donde «el moderno se pregunta si puede transitar por el presente sólo explicando el estado de las cosas, él, precisamente, que había hecho de la historia no una explicación del presente sino una anticipación del futuro...»⁽¹¹⁾; se transforma en una peligrosa pérdida del sentido y desemboca en un nuevo estado de ánimo que denuncia al progreso como una ilusión y, se traduce en un elogio del presente.

Sin embargo, es una crisis mucho más profunda. *El problema no es el futuro, sino la concepción que tengamos de él*. El problema no es el progreso y la crisis actual

de la concepción unitaria de la historia como anuncia el filósofo italiano Gianni Vattimo; por lo demás, hay una extraña relación en declarar la obsolescencia del ideal de progreso y anunciar una sociedad más «transparente», más consciente de sí misma sobre la base del mundo massmediático.

Tal vez, lo que pueda definir este siglo que termina, es que estamos en presencia de lo que el desaparecido crítico inglés Raymond Williams denominó como una «*estructura de sentimiento*»: una forma de aprender y experimentar el mundo y nuestra ubicación o desubicación en él. El siglo XX que concluye, se diferencia según las «apuestas postmodernas» por el ocaso de la historia y su representación, de las ideologías y utopías, del status del sujeto emancipador, concéntrico y concientista de la razón moderna, del lenguaje, de nuestra idea de progreso como proceso *teleológico* y del tiempo abierto al futuro como horizonte. De igual modo, se vuelca la crítica contra la tendencia excesivamente etnocéntrica, racionalista y mecanicista de la homogeneización moderna y, se comienza a re-valorar la pluralidad multiétnica, políglota, migrante, hecha con citas transculturales⁽¹²⁾ pero que termina por parte de los «postmodernos» en un relativismo axiológico tematizado como el fin del futuro y de la modernidad con una magnitud exarcebada en desarrollo del paradigma tecno-económico reducible a valor de cambio, la presencia del mercado como «regulador» de las contingencias sociales y la ascética negación de sí mismo: del sujeto histórico.

No obstante, existe una radical disimilitud con la verdadera crítica de la modernidad concebida como una tensión entre la diferencia conflictiva ética, estética y filosófica acompañada de la búsqueda de algún principio de validez universal dentro de un proceso histórico que tiende a una armonía final: la sintaxis histórica: la articulación de las diferencias.

EN EL ALBA DE UNA MUTACIÓN

Sin lugar a dudas, nos encontramos en el alba de una mutación⁽¹³⁾, pero para explicar el presente o decir algo del futuro cercano del s.XXI es necesario una clave de lectura; un marco de pensamiento para poner en orden lo que se agita, aclarar los problemas, proponer soluciones. Las contradicciones acumuladas del s.XX entrarán con gran confusión al s.XXI; un período radicalmente nuevo y singular por el procedimiento acelerado de «desma-

terialización» e inversión de las prácticas sociales: «*ganar tiempo real sobre tiempo diferido*» como consecuencia del fenómeno de transición entre grandes conjuntos de tecnologías coherentes que denominan «mutación tecnológica»⁽¹⁴⁾.

No obstante, esto no significa que tengamos que renunciar a teorizar la historia y predecir su «fin». La crisis que afecta a la reflexión crítica sobre la actualidad es la revelación de una ausencia: la imposibilidad de reconciliación y convergencia de los tres tiempos -pasado, presente y futuro- en una dimensión capaz de integrar la existencia entera, al margen de un estilo de vida, confusamente empeñado en la sobreestimación de una ética y estética del cambio con pretensión posracionalista, en donde lo nuevo viene después de algo que en su momento fue nuevo, no en contraposición, sino en suma, en un mundo cada vez más estructurado por el paradigma de la racionalidad técnica y por la irracionalidad de las opciones.

En realidad, necesitamos de *un nuevo concepto del futuro* que en lugar de concebirlo como un progreso lineal acumulativo tome en consideración la multiplicidad de horizontes y la reversibilidad de los desarrollos. Para esto es necesario correr riesgos y avizorar a lo lejos; reconocer las exigencias y posibilidades de una autoreflexión en nuestros métodos de trabajo e intentar construir originales esquemas conceptuales.

El siglo XXI tendrá que resolver *el desencanto cultural* de nuestra época; la tragedia cultural que puso de manifiesto el filósofo alemán George Simmel por un discurso ilustrado de imposición unilateral; uniforme y globalizante que obvió series de tiempos divergentes, paralelos y convergentes, no un tiempo único, en donde la expresión de una individualidad histórica, colectiva, personal e irreductible se reconoce y articula con dominios de conocimientos muy diversos, tipos de normatividad y formas de subjetividad múltiples como experiencia plural: *la heterogeneidad multitemporal*.

Espinoso asunto fundacional para entrar al nuevo milenio como lo es revalorizar las diferencias de las distintas racionalidades (cognocitiva-instrumental, moral-práctica y estético-expresiva) en una pragmática universal verdaderamente racional y así alentar una praxis liberadora sobre el consenso en el disenso. La estructura de sentimiento del nuevo milenio no se definirá como más liberada, más racional, sino como más integradora.

El discurso de Vaclav Havel, autor prohibido en 1968 y expresidente de la República Checa, en el Foro Económico Mundial realizado en la Ciudad de Davos, Suiza, en 1992, nos resulta visionario para entrar al siglo XXI:

«(...) Debemos tratar, por todos los medios, de comprender en lugar de explicar. La posibilidad de avanzar no se encuentra en la mera construcción de soluciones universales sistémicas que son aplicadas a la realidad desde afuera. La idea es tratar de conseguir, igualmente, la esencia de la realidad a través de la experiencia personal. Este tipo de enfoque promueve una *atmósfera de solidaridad tolerante y de unidad en la diversidad* basada en el respeto mutuo, en el pluralismo y el paralelismo genuino. En pocas palabras, se debe restaurar la unicidad, la acción y el espíritu humano. El mundo actual muestra una crisis de generalidad, objetividad y universalidad.»⁽¹⁵⁾

EL FUTURO ES ESCOGENCIA Y CONSTRUCCIÓN

De manera que, concebir el futuro del siglo XXI implica, entre varios, la búsqueda de otra sociedad, de otra historia; de otro sentido respecto de un orden presente, y en donde, los vectores *espacio-tiempo-conocimiento* deben dar acceso al diálogo constitutivo del *pasado-presente-futuro*, entrecruzados y diferenciados. Por lo demás, esta concepción va siempre acompañada de *la idea de un cambio*. Y cuanto más ininteligible es esta idea, más atractiva resulta. A ella hay que añadir, afirma Joseph Brodsky, una percepción milenarista del mundo, porque «cada vez que la cifra (la fecha) es redonda, trátase del final de un decenio, de un siglo o de un milenio, la sociedad, sin entender ella misma por qué, entra en eferescencia y miope, se entrega a un desenfreno de miradas a distancia y de especulaciones sobre el cambio del orden del mundo»⁽¹⁶⁾. Pero más aún, el sentimiento del fin -del siglo, del milenio, del orden habitual de las cosas- está marcado por una tendencia hacia lo indefinido más conocida con el nombre de *utopía*: «un proyecto de reconstitución del sentido histórico de una sociedad»⁽¹⁷⁾.

En este sentido, una visión moderna para América Latina y el mundo es la sugerida por el escritor e intelectual mexicano Carlos Fuentes:

«Al concluir el siglo XX, el horizonte de un nuevo mundo multipolar revela la variedad de la condición y la experiencia humana: es decir, la continuidad de la vida. Para asegurarla, debemos todos cooperar

en un nuevo proyecto de modernidad que no excluya a nada y a nadie, y que pueda ser compartido por tantos como sea posible, sin violentar la tradición cultural de cada cual. Nuestra meta sólo puede ser una sola potencia: la superpotencia del mundo.»⁽¹⁸⁾

Y agregaría Martín Hopenhayn:

«Ello supone la relativización de paradigmas mecanicistas y exige trabajar con niveles crecientes de indeterminación respecto del futuro, finales abiertos y rectificaciones continuas sobre la marcha, grandes sin precedentes de incertidumbre, activación y coordinación de energías sociales dispersas, campos de interacciones múltiples, y mecanismos de cohesión que pueden articular sin homogeneizar.»⁽¹⁹⁾

Ahora bien, es evidente que es necesario perfilar una reinterpretación del futuro. *El futuro es escogencia y construcción*⁽²⁰⁾, nos dice la prospectivista Dra. Eleonora Barbieri Masini, lo que está por venir, lo que todavía no es: «*el deber ser*» y, en el caso de Venezuela es cada vez más una elección para construir un futuro colectivamente compatible. La recuperación del futuro es conocerlo inteligentemente con el objeto de poder actuar y obrar en el presente. Así al hablar del futuro, si este todavía significa algo, es hablar de un ámbito abierto al devenir. El futuro nos atrae e intriga a todos; basta que recordemos que la ausencia también es presencia, nos concierne: *es*. Lo primero que descubrimos en él, mirándolo de más cerca, es nuestra no existencia. Por todo ello, queremos conocerlo para poder manipularlo y cambiarlo.

En esta línea de razonamiento, destacamos la necesidad de fomentar un *pensamiento estratégico y prospectivo*, para emprender con anticipación la gestación de un futuro deseable y su articulación con el desarrollo de la sociedad venezolana en su sentido más amplio. Si podemos, tendremos la posibilidad y la oportunidad de obrar para abrirnos paso a un nuevo sistema que constituye orientaciones de sentido distintas de las hasta ahora vigentes. Por supuesto, no podemos predecir el futuro de los próximos años, pero la mayor parte de las tendencias que proporcionarán la base de la realidad político-económica y socio-cultural del siglo XXI se pueden determinar. Lo que si es inobjetable es que debemos estar preparados para las turbulencias, rupturas y fragmentaciones societales que acontecen en el ámbito mundial pero también a nivel regional y nacional. Y es aquí, tomando en consideración un conjunto de dilemas, desafíos y retos que están prefigurando el adve-

nimiento de la economía, de la cultura, la política y el sistema científico-tecnológico hacia el s. XXI, en el contexto de la denominada globalización, que creemos conveniente subrayar el esfuerzo inaplazable de *reinterpretación prospectiva* a fin de propiciar la exploración de nuevos escenarios en un sentido múltiple como formulación crítica de «un ahora sin fechas» ■

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) PAZ, Octavio (1990): *Ruptura y Convergencia*. En: La otra voz. Poesía y fin de siglo. Caracas, Venezuela. Editorial Planeta Venezolana, S.A. pp-34-35.
- (2) Ver SARLO, Beatriz (1991): *Un debate sobre la Cultura*. Caracas, Venezuela. Revista Nueva Sociedad. N° 116. Noviembre-Diciembre. P.89.
- (3) PAZ, Octavio (1990). *Ruptura y Convergencia*. Op. Cit. p.34.
- (4) *Ibid.*, pp. 31-54
- (5) SUBIRATS, Eduardo (1986): *La Flor y el cristal. Ensayos sobre arte y arquitectura modernos*. España. Anthropos, Editorial del Hombre. 1ra. Edición. P.232.
- (6) Ver BÜRGER, Peter (1991): *Aporías de la estética moderna*. Caracas, Venezuela. Revista Nueva Sociedad. N° 116. Noviembre-Diciembre. Pp. 112-113.
- (7) SARLO, Beatriz (1991). *Un debate sobre la Cultura*. Op. Cit. p. 89. Ejemplificado con las célebres preguntas que formuló Gauguin: ¿de dónde venimos, dónde estamos, a dónde vamos?.
- (8) Ver FUKUYAMA, Francis (1990): *Debate sobre «¿El Fin de la Historia?»*. Washington. Revista Facetas N° 89. 3/90. Pp.8-13.
- (9) SUBIRATS, Eduardo (1992): *Nueva Crítica*. Caracas, Venezuela. *El Nacional*. Papel Literario. 1 Marzo. p.1. Esta situación se manifiesta en el debilitamiento de la política basada en lo estructural y el predominio social y político de lo funcional (HELLER, A. Y F. Fehér. 1989).
- (10) GITLIN, Todd (1990): *La vida en el mundo post-moderno*. Washington, U.S.A. Revista Facetas. N° 90. 4/90. P.15
- (11) SARLO, Beatriz (1991). *Un debate sobre la Cultura*. Op. Cit. p. 93.
- (12) Ver GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México. Editorial Grijalbo. p.109.
- (13) ATTALI, Jacques (1991): *Milenio*. Barcelona. Editorial Seix Barral. Diciembre. p.10.
- (14) AÏT-EL-HADJ, Smail (1990): *Gestión de la tecnología. La Empresa ante la mutación tecnológica*. Barcelona, España. Ediciones Gestión 3000. 256 págs.
- (15) HAVEL, Vaclav (1992): *El fin de la era moderna*. Foro Económico Mundial. Ciudad de Davos, Suiza. 4 Febrero de 1992. Caracas, Venezuela. *El Nacional*. 22 de Febrero. p.A/6. Subrayado nuestro.
- (16) BRODSKY, Joseph (1990): *Visto de un Tiovivo*. En: El Correo de la UNESCO. Año XLIII. París, Francia. Junio. p.31.
- (17) QUIJANO, Aníbal (1991): *Estética de la Utopía*. En: Revista *Perfiles Liberales*. N° 24. Colombia. Año 5. Cuarta Edición. p.103.
- (18) FUENTES, Carlos (1992): *Problemas del nuevo orden mundial*. Caracas, Venezuela. *El Nacional*. Papel Literario. 19 de Abril. P.5. Subrayado nuestro.
- (19) HOPENHAYN, Martín (1987): *El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo*. (un esquema descriptivo). Buenos Aires, Argentina. CLACSO. Octubre. P.66
- (20) Citado por la UNESCO: *Seminario Piloto UNESCO-ILDIS-SELA sobre Formación Prospectiva en América Latina y el Caribe en los Campos de Competencia de la UNESCO*. Informe de Relatoria. URS-HSLAC-92/PBE. Venezuela. Caracas, 17-20 Febrero de 1992. p.6.